

del mundo: personificaba el viejo orden temporal; tenia el mas bello blason de la tierra: era justo, amaba el bien, y á pesar de todo cayó: él mismo, escribiendo sus Memorias, ha explicado dia por dia la caída del antiguo mundo político. En ese manuscrito en que se respira el vacío mas extraño que pueda imaginarse, en ese testamento de una época, hay una palabra escrita al lado de cada fecha y que la resume. Volved la página: reaparece la misma palabra. Domingo, *nada*; Lunes, *nada*; Mártes, *nada*. Y así pasan las semanas y los meses y los años de este reinado. ¡La fatal palabra está escrita el dia mismo de la toma de la Bastilla! El antiguo orden político cayó, porque todos los dias, en vez de ser y de obrar, escribia en el libro de la vida, *nada, nada, nada*, y el mundo quería ser y hacer alguna cosa. ¡Cómo, pues, no sería cosa más espantosa y más trágica, que en medio de los esfuerzos que nos quebrantan interiormente, el poder espiritual, cesando de obrar por el pensamiento, se contentase con querer escribir en el libro sagrado, al lado de cada siglo, de cada abismo, *nada, nada, nada!* Sobrevendría una revolucion inmensa; porque nosotros tampoco nos saciamos de esa nutrición de vida como nuestros padres y como sus padres, porque creemos en un Dios eternamente insaciable de grandeza, de luz y de espíritu.

---

#### CONFERENCIA IV.

---

##### EL CRISTIANISMO SIN ROMA.

El dogma cristiano se desenvuelve sin Roma.—Primera forma del papado: un derecho de procedimiento.—Principio de los concilios.—El voto en la ciudad divina.—Los Padres de la Iglesia: como entendieron las relaciones de la Iglesia y de la filosofía.—Arrianismo.—Atanasio.—Contradicción entre la Iglesia primitiva y la Iglesia moderna.—La declaración de los derechos de Dios, del clero, del hombre.—Un catolicismo pagano ántes del Evangelio. La Iglesia: lazo entre la raza romana y la raza germánica.—El cristianismo legítima la misión de los bárbaros.—¿Es la época más creyente la más propia para las artes? La Iglesia en la soledad.—La sociedad se renueva en el desierto.

La Iglesia primitiva está fundada: Jesús la ha legado á los apóstoles, quienes la difunden por el mundo y mueren. ¿Cómo se prosigue esta historia? ¿Quién se encargará de desenvolver la herencia de los apóstoles? En el momento supremo en que se produce la doctrina, en que se engendra el dogma, lo que mas resalta es la ausencia, mejor dicho, la nada del papado.

No sé como no se ha notado esta impotencia absoluta de Roma, mientras se trata de crear la vida espiritual. Inmensas cuestiones se han planteado en el cristianismo naciente. Por todas partes se piensa, se discute, se escribe, se combate por el espíritu, en Grecia, en Africa, en Asia. Simples diáconos dan de repente direccion al mundo: el alma radia en todas las poblaciones: Nicea, Laodicea, Alejandría, simples ciudades, las arenas mismas de los desiertos hablan; sólo Roma guarda silencio, tan sólo ella deja de llevar su piedra á la ciudad espiritual que se desenvuelve de hora en hora. Es preciso descender hasta el siglo cuarto para encontrar un grande hombre en la Santa Sede. Hasta entónces, las doctrinas, los sistemas pasan ante el papado sin que este dé señales de vida. No es él quien condena las heregías, no es quien forma el dogma, no es quien convoca y preside los concilios, ¿Qué hace, pues? Espera; no produce la vida, la recibe; léjos de engendrar el mundo religioso, apenas si le sigue.

Tan pronto como parece concluido este gran trabajo del alma, cuando las inteligencias mas vastas y profundas se han agotado desenvolviendo el espíritu del cristianismo, cuando ya únicamente resta reinar, se vé al obispo de Roma colocarse en la cumbre de esas obras de vida, como si fuera su principio y su fuente. Aprópíase para su dominio particular conquistas que no ha hecho; se instituye rey del dogma, al cual,

por decirlo así no ha concurrido; otros han pensado por él, pero él se ceñirá la corona del espíritu.

Si observais los orígenes auténticos de ese poder, os asombrareis de la lentitud é incertidumbre de sus progresos. Roma misma tardó mucho en creer en sus nuevos destinos: el oceano en que se ha querido sumergirlo todo, no fué por espacio de cuatrocientos años sino un arroyo oculto bajo ruinas. Llego hasta el concilio de Cartago, en 419, sin encontrar indicio auténtico de ninguna distincion efectiva de la Santa Sede. En este concilio un sacerdote latino, Aurelio, pide que los obispos condenados en lo que podriamos llamar primera instancia, tengan el derecho de apelar ante el obispo de Roma, para lo que se apoya en una decision del concilio de Sárdica. Otro miembro de la Asamblea, Alpyo, obispo de Tagasto, se levanta y declara que en los textos conocidos no se vé nada parecido á esta decision. Así, en el siglo V, un derecho disputado de apelacion, en materia de disciplina, he aquí todo lo que señala la primacia de Roma. Trascurren algunos siglos; déjase dormir esta reclamacion; despues reaparece. Pero el proceso ha adquirido proporciones colosales. La cuestion de procedimiento se cambia en un derecho de supremacia universal. Aurelio se convierte en Gregorio VII.

¿Si los papas no fueron los continuadores inmediatos de los Apóstoles, ¿qué institucion de-

se envolvió la Iglesia en su origen? Los concilios. Puede decirse que en el establecimiento de estas asambleas se resume todo el espíritu de la revolución cristiana. Es una idea que jamás había ocurrido á la antigüedad pagana el reunir á hombres de diversos puntos de la tierra, para deliberar y votar acerca de la creencia, para constituir y desenvolver el espíritu divino por mayoría de votos. Los hombres se reunían ántes en el Areópago y el Foro para tratar de los asuntos humanos: se habrían quedado estupefactos, si alguien les hubiese propuesto deliberar acerca de lo que era ó no era Júpiter, votar por escrutinio, en conchas, la preeminencia ó destronamiento de Saturno, la eternidad ó no eternidad de los infiernos y de los cielos. Hubieran considerado como una impiedad el querer establecer en la tierra el consejo de los dioses olímpicos. Por otra parte, ¿á que creer otra cosa que lo que creían sus padres? Recibían la tradición, no la creaban.

En el establecimiento de los concilios se parte, por el contrario, de la idea de que el alma de Dios se ha unido al alma del hombre: todos saben que, al reunirse, pueden brotar de su conciencia milagros de luz. Tienen fé en el alma que resplandece en todas las almas; creen percibir las lenguas de fuego que descienden con el Espíritu sobre su frente. Decretan con tranquilidad los misterios, como si vivieran en Dios.

En nuestros días, nos cautivan las discusio-

nes de las asambleas políticas; seguiríamos por hábito sus incidentes, aunque supiéramos que en el fondo de sus debates no hay ningun principio vital, y que podría estarse discutiendo un siglo sin obtener ningun resultado para nosotros ó para el mundo. ¿Qué diremos de aquellas asambleas que traían á su barra el cielo y la tierra? La mayoría y la minoría se disputaban, en Dios, la sustancia misma del porvenir; decretaban, no leyes particulares, sino las ideas y los dogmas segun los que debía modelarse el mundo. Terribles luchas se empeñaban y proseguían hasta en el fondo mismo de los desiertos. Nunca el espíritu humano mostró audacia mas maravillosa que en el momento en que su humildad era mayor. La eternidad, Dios, el pasado, el porvenir del mundo, la vida, la muerte, la creación, cualquiera que fuese la grandeza de los asuntos discutidos, todo terminaba al fin con estas simples palabras: *os place á todos? — Nos place: Placetne hoc omnibus? — Placet.*

¿Quién decreta así á su capricho las cosas de lo alto? ¿Son los hijos de Dios? Son los hombres, y nosotros, nosotros tambien somos hombres. No perdamos el derecho divino de alzar nuestra voz en la deliberación siempre pendiente de los asuntos eternos. Cada siglo tiene su cuestión que le pertenece; y aunque se hayan cerrado tiempo há las puertas del concilio, éste continúa: donde quiera que se reúnan hombres de buena voluntad

reaparecen las cuestiones con las lenguas de fuego. Consultaos á vosotros mismos: la Iglesia no pregunta ya en alta voz por boca del notario: *¿Os place á todos? Placetne hoc omnibus?* pero el espíritu os lo pregunta. Antes de morir, debéis responderle. Vuestro voto interior os dá el derecho de ciudadanía, de soberanía en la ciudad divina.

A pesar de todo, los concilios no habrían bastado para desenvolver el dogma, si no hubieran sido preparados ó conducidos por los hombres á quienes se llama con razon *Padres de la Iglesia*. Hoy, el clero, y á veces los filósofos, nos aconseja creer en Dios como los niños: los Padres de la Iglesia son de la opinion contraria, quieren creer en Dios como los hombres: hé aquí porqué se asimilan todo lo que hay de vivo y de inmortal en la filosofía antigua. Profundízanla hasta el punto de que la sencillez de los apóstoles y de los evangelistas desaparece por completo. No rigiendo ninguna autoridad las riendas de su espíritu, lánzase con impetuosidad extraordinaria al fondo de los misterios. Esta libertad, causa de la fecundidad de los primeros siglos, deja á cada uno su figura particular. ¡Qué diferencia, cuántos grados en esa mezcla de audacia y de humildad, desde la gravedad y precisión de San Ireneo, la violencia y fiereza de Tertuliano, la tolerancia enciclopedista de San Clemente de Alejandría, el Deísmo apenas convertido de Lactancio, la magestad sábia de Ata-

nasio, la sutileza profunda de San Agustin, precursor de la Edad-media, hasta el brío de Orígenes que tiende la mano al siglo diez y nueve! En el fondo, sin embargo, les inspira el mismo pensamiento. Conciliar al Cristo de Judea con la verdad manifestada en el resto del mundo al espíritu humano.

Repítese que el cristianismo naciente fué la ruina de la filosofía. ¡Decid mas bien que fué su apoteosis: (1)

La sabiduría, el verbo de la antigüedad, purificado de templo en templo, de escuela en escuela, se identifica con la persona de Jesucristo: abrázase la abstraccion del filósofo y el entusiasmo del pescador de Galilea: pónense de acuerdo la cabeza y el corazón del género humano: he aquí la primera obra de los Padres de la Iglesia.

No creais que todo había concluido porque Jesucristo hubiese aparecido en la tierra. Todo, por el contrario, estaba por hacer. El espíritu humano, deslumbrado al principio, trataba de reconocerse. Aun entre aquellos que habían oido

---

(1) El término mismo de *filosofía* es en algunos Padres griegos como una palabra sagrada que lleva en sí la virtud suprema de la inteligencia, de la inspiracion del Espíritu Santo. *Filosofémos, pues, acerca de todas las cosas*, dice S. Juan Crisóstomo. (Hom XI.) *Filosofémos en paz*, repite S. Gregorio Nacianzeno (Epist.)

la palabra de Jesus y que vivian del Evangelio, debia plantearse la siguiente cuestion: ¿Quién se ha aparecido en Judea? ¿Quién es Jesus? ¿Es una apariencia, una realidad, un fantasma divino? El se reconoció muchas veces inferior á su Padre. ¿El hijo de Dios es Dios mismo? Todas estas cuestiones no podian ménos de precipitarse inmediatamente sobre el mundo.

¿Qué recursos no buscó el espíritu humano, al principio, aun entre los mismos fieles para sustraerse á la divinidad de Jesucristo! Mas de una Iglesia empieza por considerarle como un fantasma de ideas. Hay momentos en que, de tantas sectas, no puede verse claramente cual prevalecerá. La que ántes ensaya conciliar el paganismo y el Cristianismo es la de los Gnósticos: respiranse en ella las tinieblas profundas de los templos de Egipto: en su primera sorpresa, este paganismo recién convertido no niega ningun hecho del Antiguo ni del nuevo Testamento, pero los interpreta todos por una abstraccion sin límites, por manera que los misterios de Egipto renacen de cada versículo del Evangelio: los Dioses impenetrables de los templos de Tébas, Horo y la Noche Ator, parecen hablar aun por boca de Jesus de Nazareth. Dicese que un resto del mismo génio inspira aun hoy á Sebelliny en el fondo de Alemania, ese Egipto moderno. Pero en el comienzo del Cristianismo el mundo tenia necesidad, ante todo, de vida, de realidad, de fecundidad. ¿Qué habria hecho de aquellos abismos de abstracciones?

El monumento canónico que siguió á la predicacion de los Apóstoles, tiene algunos de los caracteres de esta primera heregia: es el Apocalipsis. El mundo se vió sorprendido, trastornado en su antigua creencia, como San Pablo en el camino de Damasco. La primera palabra de la Iglesia naciente es incoherente; sueño de la humanidad despues del bautismo. Todos los objetos de la vispera, los dioses, los toros mugientes de Africa, los ídolos, las poblaciones antidilivianas, reaparecen, se empujan en ese sueño del espíritu adormecido, en la primera noche del Cristianismo. ¿Quién puede asistir sin espanto á ese sueño, á ese delirio sublime, á esa locura divina de la Iglesia? ¿Quién no teme por un momento que el equilibrio de la inteligencia no se haya roto para siempre, que la humanidad herida en la cabeza no se despierte nunca de esa languidez del espíritu? Quizás algunos gefes de la cristiandad puedan soportar ese estado permanente de éxtasis, ó interpreten de edad en edad el sueño de la misma; pero ¿cómo salvarán al fin su razon los pueblos, las muchedumbres, si el Apocalipsis llega á ser el tono único del porvenir? Este brebaje es muy fuerte para el espíritu del hombre. Imaginaos por un instante que los siglos entran unos despues de otros y cada vez mas profundamente en esa vision, que no beben sino en esa copa, que no se alumbran sino con la luz del sueño de Patmos. Contemplo poco á poco á la humanidad agitándose, marchando con los ojos cerrados, co-

mo una visionaria, como una sonámbula, en un sueño perpétuo; pero esto no debe ser, es preciso despertar y no soñar, aunque sea en Dios. Así, apenas señaló el sueño del Apocalipsis el primer momento de extásis de la nueva humanidad, despertó esta en medio de las disensiones solemnes de los Padres de la Iglesia.

Comparando á los Padres con los evangelistas, vereis el trabajo que se ha cumplido en el intervalo que los separa.

Los discípulos del Evangelio no saben precisamente lo que deben pensar de Jesus; su sabiduría, su poder les abruma; propiamente hablando ignoran quien es; el nombre que le dan muestra su incertidumbre; se contentan con llamarle *Maestro*. ¡Cuánto, por el contrario, no se ha engrandecido esta figura en el espíritu de los Ireneos, de los Atanasios, de los Orígenes! El maestro de las orillas del lago de Galilea llega en ellos á la bóveda de los cielos, á la profundidad de los infiernos. En rigor, los Padres de la Iglesia no hacen otra cosa que recorrer en todos sentidos el mundo de la inteligencia para extender la idea del Dios vivo, y desplegando su espíritu y su alma parecen desplegar al mismo Dios. Aseméjense á ese santo de la leyenda que toma en sus brazos al Cristo niño á la orilla del rio, le siente crecer y le deposita gigante en la otra orilla, ¿Qué concluiremos de aquí? Tan solo una cosa. Que tambien nosotros llevamos en nuestros brazos, como todas las generaciones, un gran desconocido, y

que es necesario franquear con él el torrente, no creyendo con demasiada anticipacion que hemos encontrado ya el límite de Dios.

Hacia fines del siglo III el paganismo cede; los martirios cesan; el emperador se somete al Cristo: entónces comienza la gran dificultad: el Cristo ha vencido, los cristianos se dividen.

No se negaba ya que el mundo pertenecía al Evangelio; faltaba saber únicamente quien era ese Cristo al cual se sometía. La mitad del mundo declaraba que el culto antiguo habia caído legítimamente, que ninguna compasion merecia el pasado, que el universo aceptaba á Cristo: que este poseía la verdad, la fuerza, el porvenir, pero que sin embargo, no podia decidirse á identificarlo absolutamente con Dios mismo: que, puesto que era su hijo, no era de toda eternidad, que le reconocia haber servido de instrumento para la creacion, en una palabra, que estaba pronto á otorgárselo todo, excepto la verdadera divinidad. Así hablaba el Arrianismo que fué por mucho tiempo otra verdadera cristiandad enfrente de la de los Padres.

Es fácil ver que esta doctrina puso á la Iglesia en mayor peligro que todos los verdugos del mundo. Salvábase igualmente del escepticismo de los paganos y de los misterios de los entusiasmas. Jesus no era ni Dios ni hombre. Era una especie de semi-Dios, que presidia el mundo, desde el comienzo de los tiempos. Esta Iglesia (faltó poco para que pudiera llamársela la Iglesia uni-

versal) bautizaba en nombre del Padre increado, del Hijo creado y del Espíritu que santifica. Tuvo sus concilios, la Santa Sede se sometió á ella por un momento, la mayor parte de los emperadores se declararon de su lado, y se pudo creer que el mundo entero recibiría su bautismo. Pero, reflexionando, comprendereis que no bastaba para renovar la tierra. ¿Qué era en el fondo el arrianismo, sino una transacción, un justo medio entre el paganismo y el Evangelio? El paganismo renunciaba á sus ídolos, y recibía la mitad del nuevo Dios; el Evangelio renunciaba á su primer misterio, y recibía el Dios mortal de los paganos. Concesión prudente que acaso conviniera á los jefes de la sociedad antigua, pero que no satisfacía ni con mucho la sed de prodigios que abrasaba á los hombres nuevos. El espíritu tenía necesidad de renovarse en los misterios, estaba muy embebido en ellos para poder ó querer retroceder. Todo ó nada: tal es la consigna de las épocas sagradas. Según la palabra de un Padre, (1) «la transacción más prudente no es sino un pensamiento envuelto en lodo.»

En el momento supremo en que para Cristo-Dios se trata de ser ó no ser, no volvais los ojos á Roma. Yá lo he dicho: ninguna palabra poderosa, decisiva, sale de Roma mientras dura

---

(1) Atanasio.

este proceso. Cállase, como San Pedro á la puerta de Caifás cuando entregan á Cristo al gran sacerdote. Hasta le niega por dos veces ántes que el gallo haya cantado: la primera por boca del papa Liberio; la segunda, por la de su legado Hosio. (1) Es necesario, sin embargo, que alguien se levante para sostener la causa de Cristo, se levanta Atanasio.

Cuando abris aquellas páginas escritas en el destierro, bajo la tienda, en el sitio más impene-trable del desierto, lejos de toda compañía, comprendéis que la Iglesia amenazada se refugia en un gran corazón para concentrar en él sus fuerzas. Sin duda alguna la inminencia del peligro, el quebrantamiento de las columnas de la Iglesia ántes de su terminación, tantos gritos como parten de los pueblos, tantos peligros, tantos ódios, un ejército entero enviado para buscar y perseguir al escritor, imprimieran movimientos terribles, apocalípticos, á esa voz que va á clamar en el desierto. Pero el momento es muy grave, no ha habido otro parecido en el cristianismo; urge dejar la elocuencia y apresurarse á vencer.

¿Cuáles creéis que son los argumentos de que Atanasio se sirve para levantar y salvar la Divinidad de Jesús? ¿Sus obras, sus milagros, su muerte, que J. J. Rousseau decía ser la de un Dios? En manera alguna. Del primer vuelo se eleva más alto, se remonta como á un Sinaí meta-

---

(1) Lapsus Liberii; lapsus Hosii.

físico, á la cumbre de las ideas de Platon. Refugiado en la cima de todas las verdades descubiertas por la antigüedad, desafia, interroga al mundo por mitad arriano. Su pensamiento, que casi siempre se concilia con la serena magestad del desierto, se produce á veces con vehemencia, como si desde aquellas rocas hablase á la multitud. Parece que se oye como los ecos de las soledades, propagados á lo léjos con estrépito por todas las poblaciones cristianas.

Cristo es la sabiduría de Dios. Ahora, la sabiduría ¿no es eterna como él, inmutable como él, innata como él? ¿Pueden ser desiguales los tres términos de la Trinidad de Platon? ¿Puede suponerse en el Creador un Dios fatigado que tenga necesidad de darse un hijo para terminar su obra? Hé aquí la altura á que se coloca, en la misma soledad que engendrará mas tarde el arrianismo de Mahoma. Considerando su doctrina en este momento de peligro, se ve que une en ella el cristianismo á la filosofía, y los desenvuelve ambos igualmente. El Moisés cristiano desciende despues de su montaña, llevando en medio del pueblo que corre á su encuentro, el dogma de la Trinidad oriental renovada en el espíritu de vida.

Cuando contemplo con que autoridad escriben en la arena estos grandes hombres pensamientos tan vastos como los cielos, con que poder se asimilan las ideas anteriores, como las arrastran en su corriente de vida, como se fortale-

cen siempre con la verdadera fuerza, y paso de pronto á pensar en los pequeños medios que emplean hoy los que creen sucederles, en el pavor que les causan los progresos de la inteligencia, me pregunto si son ambos el mismo cristianismo, la misma religion, cuando el procedimiento es tan distinto, y me espanto de la decadencia de una institucion que para ser algo necesita ser eterna. Los arrianos querian encerrar á Cristo en las formas del culto de los héroes, y ponian en esto un gran empeño; Atanasio lo eleva, por el contrario, sobre la misma filosofía, allí donde el espíritu humano no habia llegado aún. ¿Se comprenderá este lenguaje? Los Padres iban delante del mundo: la Iglesia, en cambio, va detrás. Pero no dejamos atrás sino á los muertos, y seria tiempo de que alguien entrase en el desierto, y sobre la cima de todas las nuevas verdades salvase la cruz por segunda vez.

En fin, he aquí reunido el concilio de Nicea que va á decidirlo todo. Treientos diez y ocho obispos estan presentes, Constantino asiste á él; el alma de Atanasio le llena. Se ha dicho frecuentemente que aquel dia se agitó la tierra por una sílaba; pero aquella sílaba era un Dios. No valia la pena de la discusion Cristo de más ó de ménos en el mundo?

Fué esta solemne, aunque la libertad no fuera completa, puesto que la minoría se vió constantemente amenazada por el emperador y al fin tuvo que desdecirse. Dicha minoría se en-



cerraba y replegaba en una multitud de sofismas. Buscáronse fuera del Evangelio, en el tecnicismo filosófico, las palabras mas precisas para huir de toda incertidumbre. Los pescadores del lago de Galilea no hubieran comprendido aquella profesion de fé; Platon la hubiese entendido. Fué aquel el tratado de paz entre el Evangelio y la filosofía antigua, firmado en las alturas mas elevadas del espíritu. Declárase á Cristo de la misma sustancia que su Padre, es decir, Dios como él. Con esto quedó dicho todo. La nueva humanidad, aun incierta, tuvo su *Credo*, su Carta divina, sin poseer tal vez aun todas sus consecuencias. El trabajo de los tres primeros siglos se resumió en una palabra: el Dios-hombre fué declarado Dios irrevocablemente. ¡No hay motivo de asombro en que por esta palabra que contenia un mundo hayan combatido tantos génios!

Hace quince siglos que sucedió lo que narramos, y es sin duda alguna un espectáculo sublime el ver como llegan y pasan unas en pos de otras las generaciones humanas, repitiendo de una manera inmutable los términos del Credo de Nicea. ¿Pero en el trabajo, en la sustancia de esos quince siglos no ha habido tambien alguna palabra que pueda ser añadida á la antigua profesion de fé? Los santos mismos han pensado que sí.

En el fondo, el Credo se ha desenvuelto de continuo. El concilio de Nicea decretó lo que puede llamarse la declaracion de los derechos de

Dios; toda la Edad-media trabajó en la declaracion de los derechos de la Iglesia; en fin, los tiempos modernos han añadido, en la Asamblea constituyente, al antiguo Credo la declaracion de los derechos del género humano. Estas profesiones de fé, formuladas en distintas épocas, parecen contradecirse y entrechocarse, aunque hayan nacido unas de otras. ¿Quién las conciliará? ¿Quién reunirá en un espíritu, en un símbolo nuevo, esos fragmentos de la legislacion divina y humana? He aquí el trabajo que en la actualidad divide y oprime al mundo. Cuando se quiere acusar al espíritu de nuestro tiempo, no se olvida compararle con la época de la decadencia del mundo pagano. Pero basta una consideracion para trastornar tan fortuita analogía: la sociedad antigua llega á su último momento sin saberlo, va á morir y no lo presiente. En ninguna parte encontrareis en ella el duelo, la queja, el lamento que preceden á la caida. Reunid todos los poetas que asisten á ese instante supremo de una civilizacion, hallareis la imágen de la paz, la satisfaccion del presente. En Teócrito, Bion, Mosco, Luciano, Longo, el mundo griego muere sonriendo. Nunca ocurre el inquietarse por la ruina de sus creencias. No habiéndoles mostrado todavía la historia la caida de una sociedad, no comprenden que una civilizacion pueda desaparecer de la tierra. Asisten corporalmente, no en espíritu, á la agonía del mundo antiguo. En vez de re-

coger las quejas, de marcar las pulsaciones cuando cada momento significa un siglo, buscan en la imitación homérica una vida ficticia. Ha desaparecido la antigua sociedad, y cantan todavía la edad de Saturno.

¿Quién no vé que el espíritu de nuestro tiempo se inclina al extremo contrario?

Afecta vestirse anticipadamente de luto, envaneciéndose de sus propios funerales. ¿Si hay un principio de dolor en el mundo moderno, no ha sido exhalado casi con fruición? Las lamentaciones han llegado á veces á enervar la inteligencia. Este dolor fecundo que se conoce y se aguija todos los días, es precisamente lo contrario de aquella decadencia estéril que se ignoraba y cubría de mirto.

Cuando apareció el Evangelio, el mundo antiguo iba por sí mismo hácia un catolicismo pagano. Reuniendo todos los dioses, todas las creencias de la tierra, Roma tendía ántes que el cristianismo á un ensayo de papado. Su Panteon era el Vaticano de la mitología. Pontífice de la tierra, el Emperador personificaba la universalidad de la Iglesia pagana: el papa solo necesitó sentarse en su lugar y seguir la corriente de las cosas, para personificar la universalidad del espíritu cristiano.

Por otra parte, la alianza entre la Iglesia y los bárbaros era natural, puesto que los unía un lazo comun en el combate contra la sociedad antigua. A medida que los bárbaros se aproxima-

maban, el cristianismo les explicaba su misión de cólera. ¿Cómo habian de resistir á una creencia que saludaba en ellos á los ejecutores de la justicia de Dios? Sus depredaciones recibian un carácter sagrado. No eran ya hordas sin vocación. Convertíanse en misioneros de las venganzas celestes: habian sido anunciados por los profetas: su título de nobleza se remontaba á las amenazas del Antiguo Testamento. Isaias justificaba á Alarico.

¿Qué era, de otro lado, la religion de la raza germánica para luchar con el cristianismo? En medio de un invierno eterno, bajo la encina sagrada, los dioses de la cabellera de nieve recibian su fuerza del alma del Norte. Apenas descendian á las Galias, á Italia, á España, bajo el cielo de estas comarcas todo contrariaba, desmentía la ficción. No recordando nada el mundo por ellos representado, su alma de bruma se disipaba al primer soplo; ántes que el Evangelio, hablara, la naturaleza entera los refuta á cada paso. Así se explica la caída instantánea del paganismo en el mediodía de Europa, y su resistencia obstinada en el Norte. Fueron necesarias ocho campañas de Carlomagno para bautizar, al otro lado del Elba, á los mismos que una jornada convertía al sur de los Pirineos y de los Alpes.

Tan pronto como con el cristianismo entra en el mundo un alma nueva, debe creerse que el entusiasmo divino va á manifestarse en maravillas de imaginación y de poesía. Pero no es

asi. La religion está ya formada, cuando el arte nuevo apenas se muestra en germen. De tal modo es falso que la fé mas obediente sea la mas propia para las artes. Los poetas cristianos de los primeros siglos, Prudencio, Paulino de Nola, celebran académicamente la era nueva, con el acento artificial de Horacio y de Virgilio. Tendrian la sinceridad del mártir, carecen de la del poeta; los santos vuelven á ser paganos desde que se proponen deliberadamente ser autores. Muy cerca del nuevo ideal para contemplarle frente á frente, tocaban á Cristo, mas no se atrevian á mirarle: ¿cómo hubieran podido pintarle? El verdadero himno armonioso de un San Paulino de Nola es su vida. Sus odas cristianas son puramente virgilianas. ¡Cuántos poemas se han escrito entónces en el fondo del corazon que no subieron nunca á los lábios! Cán- ticos mudos, ayes del alma que habla á Dios, himnos que sólo han oido los leones. La obra maestra y el resumen de todo esto fué la liturgia de la Iglesia, epopeya viviente, obra anónima de la cristiandad entera.

Es un hecho sorprendente en las primeras épocas del cristianismo la sed de soledad, mientras se trabaja en la constitucion del dogma. Cuando la vieja sociedad se disuelve, nada tienen que decirse los hombres. Sin embargo, no es el ódio á la sociedad lo que les impulsa fuera de las poblaciones, á las arenas del desierto; por el contrario, á medida que la soledad moral au-

menta en las poblaciones, en Alejandría, Byzancio, Atenas, los hombres van al desierto para recomenzar la sociedad, renovando su alianza con Dios. Apercíbense de que la vida no está donde acostumbraba á estar, en las instituciones, en el Areópago, en el Foro, en el hogar doméstico; por amor á la verdadera vida huyen del mundo que no es sino su sombra. Se alejan, como pájaros que presienten las tempestades. Van á construir la nueva ciudad en lugares y segun un plan que ninguna invasion de bárbaros podrá destruir.

En tiempo de San Basilio, de San Jerónimo, de San Agustin, quedaba aún un resto de Areópago y de Foro. Parodiábanse todavía aquí y allí las grandes cosas de Roma y Atenas. El mundo antiguo se ataviaba, jugaba á los vivos en las leyes, en los discursos, en una sombra de Senado. ¿Cómo los hombres nuevos que llegaban de Tagasto ó de Iliria, atraidos por la magestad de los nombres, no habian de quedarse estupefactos al principio, no habian de indignarse despues, cuando en vez de cosas reales solo hallaban una ficcion, un engaño? Huian espantados en medio de las rocas, allí donde los hombres nunca habian puesto la planta. Caian de rodillas, y en el más pequeño insecto que se procuraba el pasto, obra verdadera del Dios verdadero, encontraban más verdad, más naturalidad que en Roma y en Atenas bajo su máscara teatral. El menor murmullo del agua era un discurso verídico para oidos fatigados de los sofismas de Byzancio.

El hombre se separaba del hombre, es verdad; y nunca, sin embargo, estuvo ménos sólo, porque iba á conversar con Dios. Cada uno toma un camino particular en la soledad; pero la soledad está poblada: todos tienen el mismo compañero y se ocupan en idéntico pensamiento. Si los cuerpos no se ven, los espíritus se tocan: están incomparablemente más cerca que cuando juntos discuten en la plaza pública, sin poder reconciliarse. Separados en apariencia, viven en comun en la misma idea. De este desierto no hay más que un paso al tipo y renovación de la sociedad moderna, fundada á la vez en el individuo y la asociación.

En nuestros días se observa también algo parecido: corremos al principio á la sociedad creyendo encontrar un foco de vida en cada uno de sus institutos. Por desgracia, la vida no está donde la buscamos: la pedimos á la Iglesia, y la Iglesia no nos la da; á las Asambleas políticas, y no nos responden; á la familia, y frecuentemente nos deja huérfanos. La ficción nos envuelve poco á poco. Aspiramos á la verdad, y á nuestra vez encontramos una máscara. Buscamos una ciudad mejor, y bien pronto se abre otra Bizancio con sus sofismas y nos encierra en sus murallas de errores.

¿A dónde huiremos, pues? No se trata de huir al desierto ni de volver á las soledades. Entremos con sinceridad en nosotros mismos. El hombre volverá á encontrar, en estas arenas vivientes, la huella de los pasos del Dios perdido.

---

## CONFERENCIA V.

---

### DE LA CIUDAD DE DIOS Y DE LA CIUDAD DEL HOMBRE.

Relación de los dogmas cristianos y de las instituciones sociales.—Como la historia universal se deriva de los dogmas.—Como estos son la ciudad de las ideas en la filosofía de la historia.—Los concilios, asambleas constituyentes de la Edad-media.—Porqué la Iglesia y los gobiernos representan el Cristianismo como una Carta y una verdad de ultra-tumba.—Del milagro en el mundo moderno.—Que Cristo se encarna hace diez y ocho siglos en el derecho cristiano.—Después de la pasión en la Edad-media, la resurrección en la era de la Revolución francesa.—La Iglesia era la piedra que encerraba al espíritu en el sepulcro.—Porqué el dogma de la fraternidad humana se inscribió tan tarde en el derecho civil y político.—San Agustín, legislador de la Edad-media.—Feudalismo eterno en los cielos, tipo del feudalismo temporal en la tierra.—De los señores soberanos del cielo, de los siervos del infierno.—La organización de la Edad-media existía en idea ántes de ser realizada por los bárbaros.—De la ciudad de Dios.—De la ciudad del hombre.—¿Quién marchará delante de los nuevos bárbaros? ¿No hay ya pueblo de Dios?

Concibo una obra de la que no existe aun una línea, y que consistiría en establecer las relaciones del dogma cristiano con las formas políticas y sociales del mundo moderno.